

RICHARD J. NEUTRA

Gettysburg



monumento al mundo libre

100 - 39

En el verano del año 1958 fui invitado, por las autoridades de la Universidad de Arizona, en Tucson, a la colocación de la primera piedra de su futuro taller, construido para favorecer el desarrollo técnico del Estado. Varios alcaldes y ministros presenciaron la ceremonia, que fue muy interesante, y uno de los periodistas presentes, John Riddick, del "Tucson Daily Citizen", invitó cordialmente, a mi esposa y a mí, a atravesar, al día siguiente, la frontera mejicana, que cruzaba un vasto desierto.

Era domingo, y no pude contestar a una urgente conferencia de Washington.

Mientras contemplábamos la fría soledad de los cactus Sajuara, Mr. Riddick me explicó que se había licenciado en la Universidad de Virginia, y que ahora continuaba sus estudios, en Columbia, como periodista. Interrumpí un momento su interesante conversación, y le dije que tenía que hacer una urgente llamada telefónica, si era posible en esta tierra seca, abrasada por el sol del desierto. Mr. Riddick se acordó de un vaquero tejano que se había establecido dos años atrás en ese desierto de Arizona, y que había conectado su rancho por un solitario cable de teléfono. Se llamaba Kingsley, y me enteré que también esta vasta extensión se había bautizado así. Cuando nos desviamos de la ruta, encontramos al rancho debajo de un sombrero de ala ancha. Masticando chicle, Mr. Kingsley me guió al teléfono, y se quedó fuera, tomando una ginebra con Mr. Riddick. Yo conseguí comunicación con Washington, y me enteré de que había sido designado para construir el Monumento de la Nación Americana, el Museo en memoria de Lincoln, sobre aquel Cementerio Ridge en Gettysburg, donde el gran Presidente pronunció su alocución corta y profética. Salí dando saltos de alegría, abracé a Riddick, y le dije tembloroso: "Acaban de elegirme para construir el Monumento Lincoln, y yo estoy en Los Angeles rodeado por inexpressivos cactus Sajuara de Arizona. Imagínate. ¡El Monumento Lincoln en Gettysburg!"

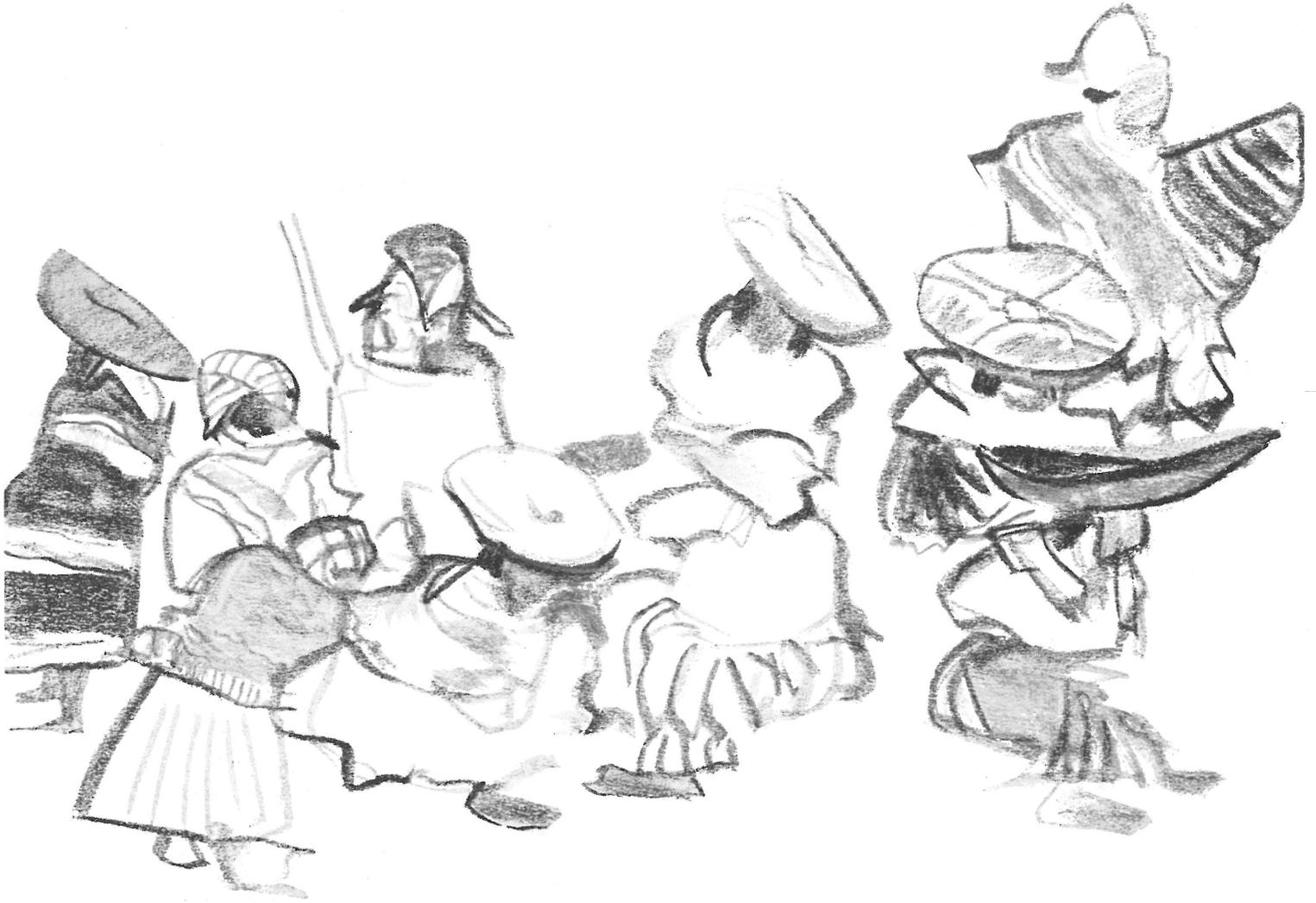
Creía que Mr. Riddick y, posiblemente, Mr. Kingsley, me iban a dar un abrazo, pero el periodista del "Daily Citizen" me miró con frialdad, y dijo gravemente: "¿Viene usted a contarme que nuestro Estado piensa gastar el dinero de los impuestos en un monumento que conmemore la derrota de la Confederación?"

Al principio pensé que estaba hablando en broma. Pero al contemplarle detenidamente y observar su seriedad, recordé que era virginiano. Alguna vez había escuchado que los del Sur todavía estaban en guerra con la Unión; pero tenía ante mí un joven bien afeitado de la Universidad de Columbia, y no un anciano Coronel de bigotes blancos.

¡La derrota de la Confederación! Por teléfono no me habían hablado en estos términos. Tenía simplemente que construir el Monumento a Lincoln, y no sabía cuánta dinamita escondía este proyecto. Creía que todos los ciudadanos americanos consideraban a Lincoln como cosa propia. Mr. Riddick comenzó a explicarme el indudable genio militar de Robert E. Lee, y su innata caballeridad. Es decir, todo lo que había aprendido en la escuela, sobre la brillante heroicidad de este General. El monumento—según la opinión de Mr. Riddick—debía levantarse en honor de Lee. Mientras tanto, Mr. Kingsley—que era tejano y se consideraba neutral—seguía masticando chicle, y observaba con interés las manifestaciones externas de Mr. Riddick: sus dientes rechinaban, y sus ojos despedían fulgores. Le di una palmada amistosa en el hombro, y le propuse reanudar la marcha.

Así lo hicimos. Continuamos atravesando el pacífico desierto, y yo intenté tranquilizar a Mr. Riddick, que conducía colérico y enfadado.

Empecé a darme cuenta de que el ofrecimiento de construir el Monumento a Lincoln no era un glorioso ejemplo de estrategia. Recordé mis antiguos días militares; recordé la desagradable sensación de ascender una colina en una tarde de julio, con trescientos cañones de artillería apuntando desde la cumbre al llano; recordé la disentería, los calambres, las fatales consecuencias de dormir en el suelo, de comer alimentos sospechosos y de beber aguas extrañas. No pensaba en Pickett o en Lee, como en héroes. Ocupaba mi ánimo la sensación de un desacuerdo político confuso, que se fraguó en un sangriento desastre.



Pero no despegué los labios. A los del Sur se les había ofrecido el calificativo de héroes, para que tolerasen mejor su derrota. En mi opinión, este elogio era santurrón y poco útil.

Entonces dije: “Conozco el Sur. He viajado por allí muchas veces, acompañando a típicos sureños. Además, he colocado la primera piedra de un importante edificio, a un tiro de piedra de la última casa de Jefferson Davis en Biloxi, y he charlado detenidamente con gente de todos los antiguos Estados confederados.”

No mencionemos a los héroes. Pero en mi opinión, algo muy valioso perdieron los Estados Unidos cuando Sherman se marchó al mar. Intentaré expresarme mejor. Soy—en realidad—un extranjero, porque he nacido en Viena; pero venir de Viena es venir de un sitio que había sido la capital de un mundo en el cual no se ponía el sol, y me encuentro como en casa cuando llego a Manila, Lima, Perú, Bruselas o Madrid. Los vieneses somos una clase cosmopolita, y tenemos fama de adaptarnos con rapidez al medio ambiente.

Me han dicho que los antiguos caballeros del Sur eran muy hábiles para asimilar, a su modo de vida, extranjeros e incluso salvajes.

Cuando sólo tenía seis años, mi madre me leyó un libro de cuentos. Se llamaba “La Cabaña del Tío Tom”, y era una edición para niños. Me causó una profunda impresión, y los caracteres de los personajes—realmente, muy pocos eran malos—dejaron en mi imaginación infantil una huella duradera. En la novela había gente buena, y menos buena, como suele suceder en todos los países. Muchas escenas—como la de Elisa atravesando el río—quedaron para siempre en mi memoria.

Hace algunos meses me encontraba en un desierto semejante a éste, y cuando llegué al "motel", con la puesta del sol y comencé a desnudarme, descubrí un par de libros en un estante. Abrí uno, y resultó ser "La Cabaña del Tío Tom". Habían pasado sesenta años desde que mi madre me lo leyera. Empecé la primera página, y me sorprendió lo bien que recordaba todo, y lo mal que lo había comprendido.

La novela empieza con Mr. Selby, dueño de una importante plantación, que para resolver sus dificultades financieras está en tratos con un mercader de esclavos. Selby intenta vender algunos de sus esclavos para salvar la situación. Recomienda—en especial—a un negro llamado "Tío Tom", obrero efectivo y leal, agradable para compañía y digno de confianza; es, además, buen cristiano, pese a llevar sólo tres años fuera de la selva.

Al llegar a este punto abandoné la lectura. Durante sesenta años, el "Tío Tom" había sido para mí una especie de mozo para coches-cama, como los que hacen el trayecto a Pennsylvania. Había olvidado completamente que era un auténtico salvaje, arrancado tres años atrás a sus tambores ancestrales, y que—a pesar de ello—se había convertido en un hombre del Sur, según la moda de occidente. Repentinamente comprendí el milagro que se encerraba en esa rápida asimilación conseguida en todas las plantaciones del Sur, a lo largo del Mississippi, partiendo de Louisiana, y a lo largo del St. James, partiendo de Virginia. Soy un simple arquitecto, sin ninguna predisposición hacia extrañas formas de clasicismo, pero me asombró en seguida el poder convincente y la capacidad de asimilación de escenas como la del Vieux Carré, en Nueva Orleans, tan diferentes de las que se daban en Detroit, donde los negros libres jamás llegaban a ser ciudadanos normales.

Sí—dije a Mr. Riddick—; algo muy importante se perdió con la guerra de Secesión. Y es justamente ahora cuando más lo necesitamos.

Conducíamos entre miles de cactus Sajuara, y él permanecía en silencio. Continué: "Ahora lo necesitamos más que nunca. Tratamos de gobernar por entero un mundo libre, y estamos obligados al acercamiento con pueblos muy primitivos, en ocasiones, y de una gran civilización, en otros casos."

¿Sabe usted lo que las gentes piensan de nosotros? He dado varias veces la vuelta al mundo. Los pueblos extranjeros contemplan a los norteamericanos del mismo modo que los del Sur contemplan los yanquis. Somos unos traidores ridículos y groseros. Nadie sabe cuántos americanos cultos viven en este país. Sólo distinguen nuestros pies encima de la mesa y nuestra brutal ignorancia, que sabe mucho de dólares, y nada de sentimientos culturales.

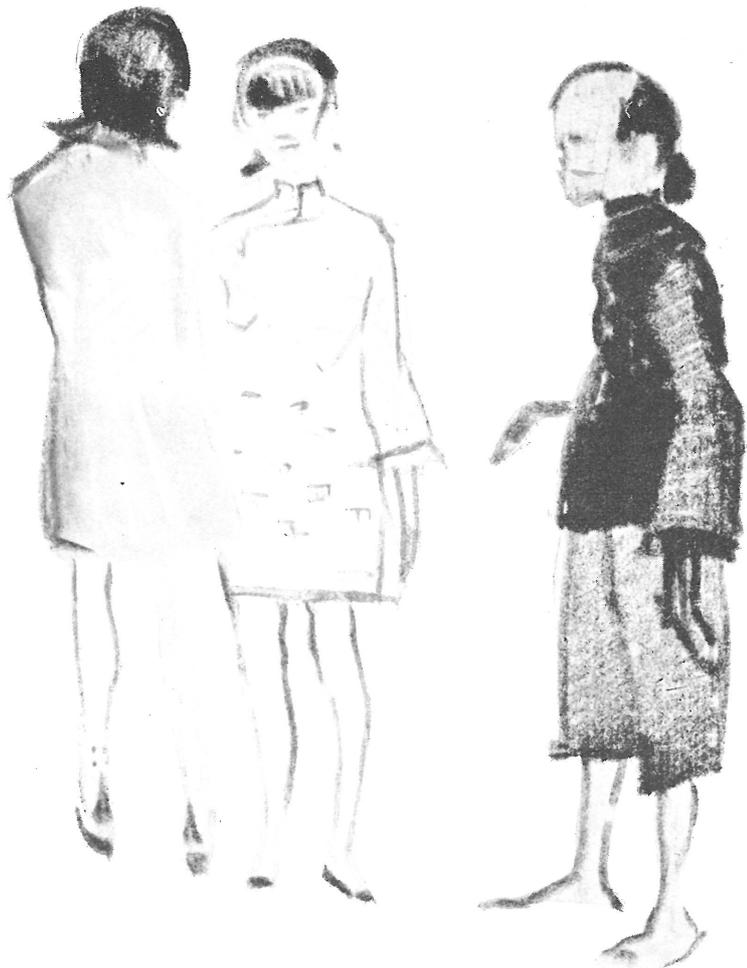
Yo y vosotros, universitarios de Columbia, sabéis que esto no es cierto; pero no se trata de nosotros. Se trata de cómo nos juzgan los demás. Y nos juzgan como "yanquis", en el más despreciativo sentido de la palabra.

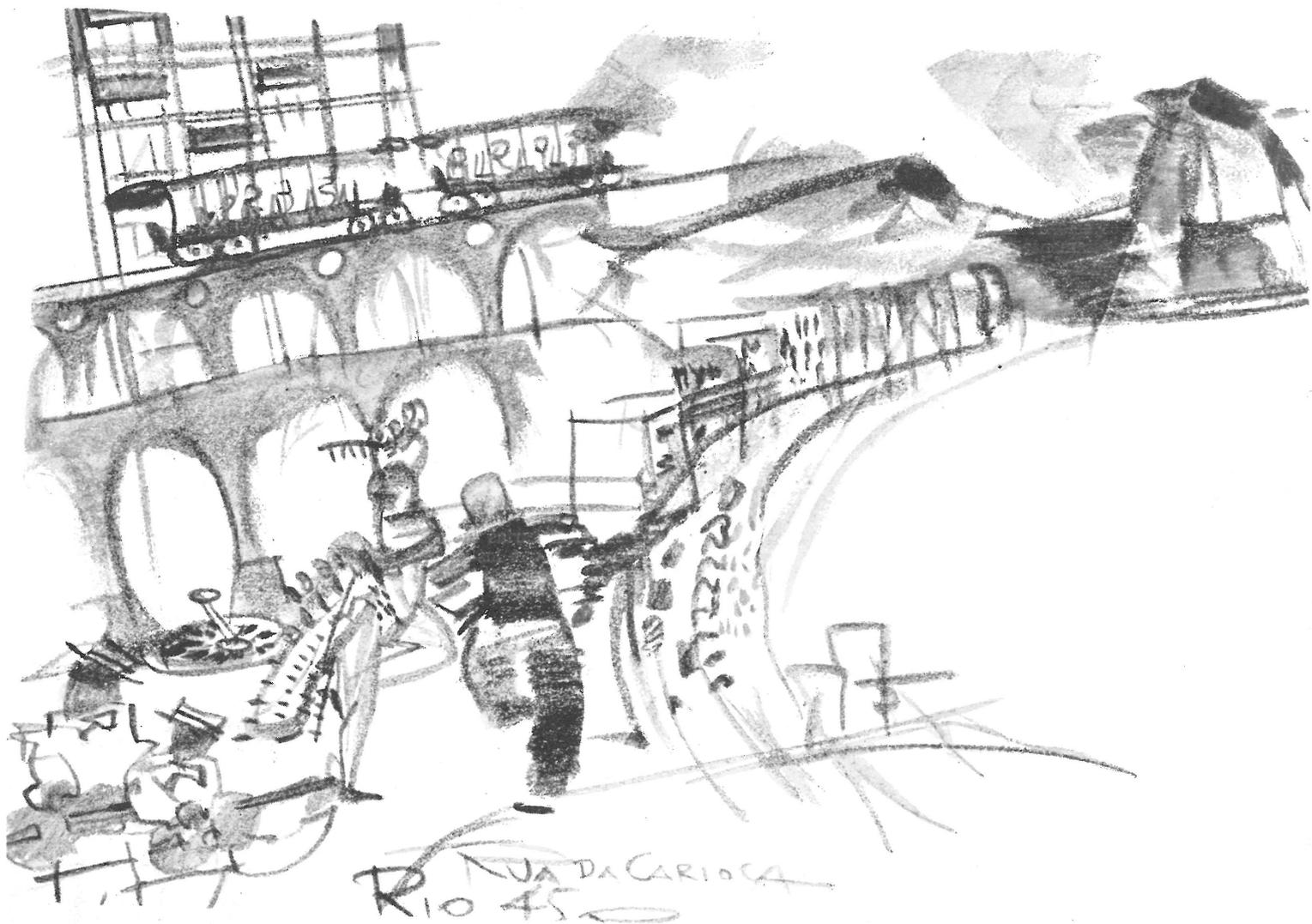
Mr. Riddick levantó la vista del volante, me miró e inclinó la cabeza gravemente. Y esto lo hizo cuando yo le explicaba nuestra pérdida por la marcha de Sherman al mar.

El resultado de la guerra de Secesión, y la alocución de Gettysburg, es ahora—es decir, cien años más tarde—punto de partida erizado de peligros. Los americanos "yanquis" dominan el mundo, y la sociedad sudista ha desaparecido, o se oculta—consciente de su pasividad—en las tiendas de antigüedades.

Tenemos algo que enseñar al mundo todavía: que los Estados Unidos son mucho más complejos, potentes y preparados de lo que la mayoría de los extranjeros se figuran.

"¿Seguramente, usted piensa que también yo soy un extranjero?"
"Sí—contestó Mr. Riddick—. Pero usted no es un yanqui. Realmente, si es forzoso el hacerlo, usted es el más indicado para levantar el Monumento a la Unión."





Y—no tengo inconveniente en decirlo—me gustaría que la parte de exposición del Museo permaneciese en la semi-oscuridad, y que el punto central del monumento fuera el semblante solemnemente iluminado del profeta, visto desde el auditorio, y que sus palabras llenaran el aire de los alrededores, en torno a los grandes robles de Ziegler's Grove.

Deberíamos invitar cada año a uno de los mayores gobernantes de las distintas naciones. Puede ser —incluso—una nación neutralista, enemiga de la “guerra fría”, para hablar delante de treinta mil personas sobre “lo que no debe desaparecer del mundo”. De este modo, penetraríamos con profundidad en el significado íntimo del devenir histórico. Podría empezarse con Nehru, o Chou-En-Lai, o el doctor Heuss, de la Alemania Occidental.

Quizás no tengamos bastante dinero para comprar, a la American Seating Company, sillas de terciopelo suficientes para tan gran número de personas; en ese caso, pueden permanecer en pie, ante un paisaje tan bonito como el patio del templo Ise, en el Japón. Pueden permanecer solamente un minuto y cuarenta segundos, el tiempo justo para escuchar un mensaje de trece frases sobre los antiguos ideales del hombre que, a cualquier precio, debemos esforzarnos en conservar. La humanidad es un valor unitivo eterno, que está por encima de la soberanía de cualquier política, llámese ésta India, Maine o Virginia. Nadie tiene derecho a destrozar la superior unidad de la especie humana. La humanidad debe gobernar. La unión de las razas persistirá por encima de las catástrofes parciales. La especie humana está todavía con nosotros, y así seguirá durante miles de futuras generaciones. Abraham Lincoln no era un vencedor, ni un orador. Era un profeta y, como tal, sus palabras resuenan todavía.